



El centenario arquitecto Oscar Niemeyer en Río de Janeiro, su ciudad natal. / BRUNO DOMINGOS (REUTERS)

Un siglo de curvas y volumen

El arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, famoso por rechazar en sus construcciones la línea recta y abrazar las formas sensuales de la Naturaleza, cumple 100 años con una mente lúcida

• Empezó a diseñar audaces edificios desde los inicios de su carrera profesional, como la Iglesia a orillas del lago Pampulha, en 1940, que le dio a conocer en todo el país.

A. ARROYO (FAX PRESS) / MADRID

«No es el ángulo recto lo que me atrae, ni la línea recta, inflexible, creada por el hombre, sino la curva libre y sensual» asegura el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, nacido en Río de Janeiro el 15 de diciembre de 1907. La obra de este creador se caracteriza por su fuerte carácter ambiental, además de que en sus proyectos el centenario carioca siempre busca adaptar los edificios a las condiciones del medio ambiente, haciendo convivir grandes volúmenes con espacios vacíos de manera inusual. Sin olvidar otra de las principales características que distinguen sus edificios, la de su elevación sobre pilotes de acero y hormigón.

Tras graduarse en la Universidad de Brasil, trabajó junto a Le Corbusier en los planos para el Ministerio de Educación y Salud de Río de Janeiro. En 1939 realizó el Pabellón brasileño para la feria mundial de Nueva York y un año después conoció al alcalde de la ciudad de Belo Horizonte, Juscelino Kubitschek, quien le invitó a proyectar un casino y una iglesia a orillas del lago de Pampulha. Concebida y generada a partir de líneas curvas como homenaje a San Francisco y con un interior decorado a base de azulejos y frescos

pintados por Cândido Portinari, el templo dio a Niemeyer la oportunidad de darse a conocer en todo el país.

Tres años más tarde, en 1943, proyectó la residencia Peixoto y en 1956 junto con el urbanista Lucio Costa, ganó un concurso de proyectos para la ciudad de Brasilia, inaugurada el 21 de abril de 1960, por iniciativa del presidente Kubitschek.

Durante aquella etapa, el arquitecto firmó muchos de sus diseños con el nombre de Oscar Ribeiro de Almeida Niemeyer Soares, en homenaje a su abuelo, el ministro del Tribunal Supremo Federal de Brasil, Antonio Augusto Ribeiro de Almeida; con quien vivió durante su infancia y con quien tuvo, según palabras del propio artista, «los primeros ejemplos de solidaridad y justicia».

Inspirado por su antepasado entró a formar parte del Partido Comunista Brasileño (PCB), algo que, ha declarado, considera «su mayor logro». Fue precisamente al PCB a quien donó, en 1945, su taller en la

calle Conde Lages, en el centro de Río de Janeiro, para instalar la primera sede del comité metropolitano del partido.

En 1962, recibió el encargo de organizar una facultad de arquitectura en la recién creada Universidad de Brasilia, pero tuvo que abandonar precipitadamente la capital dos años más tarde por la presión a la que le sometía, tras su llegada al poder, la dictadura militar a causa de su filiación política comunista. Su oficina en Río fue saqueada y clausurada y sus proyectos, como el del aeropuerto de Brasilia, fueron rechazados. Ante este ostracismo emigró profesionalmente.

PROYECCIÓN INTERNACIONAL.

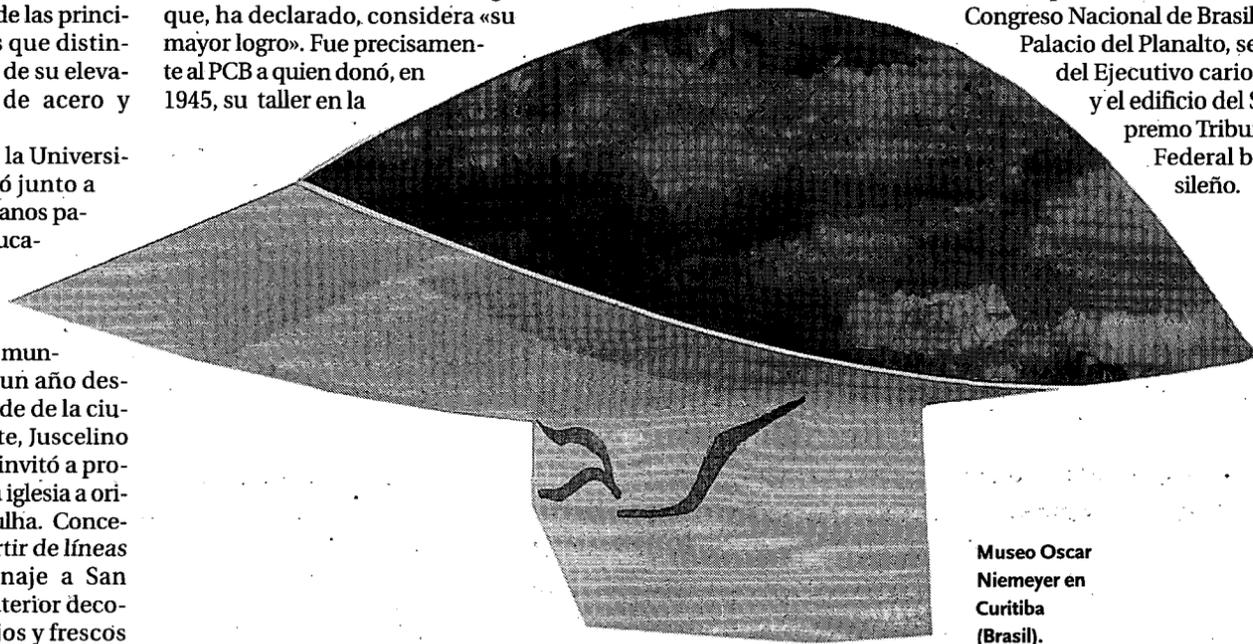
Desde entonces, el artista trabajó indistintamente en su país y en el extranjero, construyendo diversos conjuntos arquitectónicos en Europa y África. En Francia, fue el propio presidente de la República

Charles De Gaulle quien le concedió el derecho a desarrollar su arte en el país galo.

De hecho, en 1967 se traslada a París, desde donde se dedica a elaborar diversas planificaciones en Argelia e Italia, entre las que destacan las de la Universidad de Constantine y la Editorial Mondadori.

Ya en 1985, con la democracia instalada en su país, volvió a Brasil para levantar nuevos edificios en Brasilia y en Sao Paulo. Poco después, en 1989, recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Artes en reconocimiento a toda su carrera y, entre 1991 y 1996, realizó su obra más reciente, el Museo de Arte Contemporáneo de Río de Janeiro de la ciudad de Niteroi.

Además de las ya mencionadas, entre sus obras más celebradas se encuentran el Palacio Alvorada, residencia oficial del Presidente de la República brasileña; el Palacio Itamaraty, sede de la cancillería del país sudamericano; el Congreso Nacional de Brasil; el Palacio del Planalto, sede del Ejecutivo carioca; y el edificio del Supremo Tribunal Federal brasileño.



Museo Oscar Niemeyer en Curitiba (Brasil).

► CINE

Will Smith vuelve a salvar al mundo del apocalipsis en 'Soy leyenda'

CRISTINA RUIZ (EFE) / MADRID Ya lo hizo en *Yo, robot*, *Men in black* o *Independence Day*, pero ahora Will Smith vuelve a salvar el mundo en su última superproducción, *Soy leyenda*, una cinta apocalíptica en la que se convierte en el único superviviente de toda la Humanidad, que ha sido arrasada por un terrible virus.

Ahora lo intenta con Francis Lawrence (*Constantine*, 2005), quien dirige *Soy leyenda*, una nueva adaptación de la inquietante novela de Richard Matheson, que se estrena el miércoles.

Smith se convierte en el doctor Robert Neville, el único superviviente a un virus creado por el hombre que ha convertido al resto de la sociedad en mutantes depredadores, y él intenta buscar una vacuna que salve a la Humanidad.

Sin embargo, para el protagonista de *Alí* o *En busca de la felicidad* -por las que fue nominado al Oscar- este proyecto es más que un taquillazo, «algo totalmente distinto, un híbrido entre un superventas y un drama en el que sólo hay un personaje, por eso hemos ahondado mucho en la soledad del protagonista».

«En la novela de Matheson la amenaza eran vampiros que se combatían con cruces y ajos, pero aquí uno de los conceptos que queríamos transmitir es el de establecer la línea que separa a los científicos de Dios, porque llega un momento en que Neville se cree Dios y necesita recrear el mundo», aseguraba el actor.

► MÚSICA

Lenny Kravitz revoluciona el 'rock and roll' con su nuevo álbum

EFE / MADRID

Lenny Kravitz regresa a la música el próximo 5 de febrero de 2008 con *It is time for a love revolution* (EMI), su primer disco en más de tres años, con el que vuelve a ofrecer su personal visión del rock clásico, aderezado de ritmos negros como el funk, el soul y el jazz. El que es su octavo álbum de estudio «es una ensordecedora llamada a las armas de rock and roll, a la que se suma el innegable lirismo que ha sido su marca personal hasta la fecha», según su discográfica. Con 14 canciones nuevas, el álbum nos ofrece una vez más a este polifacético compositor e instrumentista, produciendo, haciendo los arreglos e interpretando todos los temas.